



CARTA LINGÜÍSTICA.



Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 14 de Julio de 1885.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: En nuestro último comunicado hemos probado con irrecusables datos que nuestros actuales nombres, expresivos todos de cualidades, no hubieran podido dar ser al nombre ni vivificar, por tanto, la palabra humana, si los sujetos, las cosas, ú objetos por ellos calificados, no hubieran tenido en la lengua su nombre genérico y comun en aquella onamatopeya *i*, con la cual designó el pueblo euskaro el principio generador de todos los seres, esencia de las cosas y sujeto obligado de quien emana, y á quien van á parar cuantas cualidades puede el hombre percibir y expresar por medio de su-voz.

Por esta razon la palabra vivificada recibió su nombre del sujeto que le había vivificado, y llamóse á su vez *i*, resultando de aquí que el vivificador de los mundos creados, el Verbo Divino, y el vivificador de las lenguas habladas, el verbo humano, tienen en el bascuence el mismo nombre y forman una misteriosa unidad, que no podria romperse ni disolverse sin la muerte de la lengua, ó sin la negacion de Dios. La vida del lenguaje se halla, pues, tan íntimamente enlazada con la nocion de Dios, que las lenguas perecerian, si se arrancara del alma del hombre la idea religiosa que ha dado ser y vida á aque-

la noción. Nos importa, pues, dejar bien comprobada la existencia de aquella unidad, demostrando que la onomatopeya *i*, radical del monosílabo *i-z* ó *i-iz*, bien conocido de nuestros filólogos, ha sido, en efecto, el nombre de la palabra humana, como ha sido también, según demostramos en su lugar, el nombre de Dios ó de la palabra Divina. (1.^a) Procedamos, pues, á esta demostración, y supongamos para ello que nuestra anterior afirmación es verdadera, como en efecto lo es. En este caso los lectores convendrán con nosotros en que aquella onomatopeya del espíritu, muy abonada para dar nombre á la palabra por lo que tiene de más noble y principal, esto es, por la idea espiritual contenida en ella, resulta, sin embargo, deficiente para darnos á entender la encarnación de aquella idea en el sonido de la voz humana, que es lo que constituye la palabra hablada, á la manera, diremos nosotros, que la misma onomatopeya, muy propia para dar nombre al espíritu universal, ser abstracto que contiene dentro de sí los espacios y el tiempo; resulta, sin embargo, deficiente para darnos á conocer al ser concreto, contingente y limitado y contenido dentro del espacio y del tiempo.

De aquí resulta que la palabra hablada y el ser contingente no hubieran tenido signos abonados para su expresión, si la lengua en su sabiduría no hubiera unido aquella onomatopeya *i* con la consonante *z*, de misteriosa significación, como todas las letras del alfabeto, pero calificada por nuestros filólogos de abundancial, (sustancial) é idónea por esta razón para darnos á entender la acumulación del espíritu difundido en los espacios en un punto dado de los mismos, y en un momento determinado del tiempo, é idónea también para expresar la acumulación y fijación de la idea espiritual en el sonido de la voz, que también se produce dentro del espacio y del tiempo. (2) Unieronse, pues, ambas voces, y de esta unión nació el monosílabo antes citado *iz*, *itz*, importante radical, cuyos signados pueden determinarse *á priori*, teniendo en cuenta el valor de los factores de que se ha formado.

En efecto, si este monosílabo hace relación á la presencia, fijación y acumulación del espíritu en el ser concreto y limitado, recibirá la significación de (*existencia*, *ser*) y se convertirá en el que fué el verbo sustantivo primitivo del bascuence *iz*, que pereció en las inflexiones del actual auxiliar pasivo *izan*; si por el contrario hace referencia á la presencia de la idea espiritual en el sonido de la voz, recibirá la sig-

nificación de *palabra*, *verbo*. (3) De este modo los vocablos *palabra*, *ser*, *verbo*, *existencia*, cuya sinonimia en las lenguas modernas no puede desconocerse, quedarán confundidos en el viejo y vetusto bascuence, bajo la común denominación de *iz* ó *itz*, y de esta radical derivará la lengua en período más avanzado de su evolución, entre otros términos de que nos hemos ocupado, el actual verbo sustantivo *iz-an* y el activo *e-san* (decir) voces ambas, cuyo origen común se aprecia mucho mejor por los misteriosos lazos que median entre *palabra* y *ser*, que por la afinidad de su estructura orgánica, la misma para ambos verbos. (4.^a)

El lector podrá comprobar la verdad de estas apreciaciones y convenir con nosotros en que la onomatopeya *i* ha sido, en efecto, el nombre que ha llevado en bascuence la *palabra-idea*, y el espíritu creador que vive de sí mismo y fuera de todo tiempo y de todo espacio, al paso que su derivada *iz* ha sido á su vez el nombre de la *palabra-sonido*, y del ser contingente que vive dentro del espacio y dentro del tiempo, con lo cual dejamos comprobada la existencia de aquella misteriosa unidad de que hemos hablado.

Sentados estos principios, sin cuyo conocimiento no puede darse un solo paso de provecho en el estudio del bascuence, pasaremos á ocuparnos de la formación de sus pronombres. Después que el hombre hubo llamado *I* á la palabra, esencia de su pensamiento y emanación de su espíritu, llamóse á sí mismo *I* por su palabra, signo distintivo de su especie, y don precioso á cuyo favor se aparta de las demás criaturas, tanto como se acerca á su Criador: entonces nació en el bascuence el pronombre personal que no es, como suponen los gramáticos, una voz cualquiera que se pone en el lugar del nombre, sino el nombre real y efectivo de la persona que fué llamada así por su palabra.

Mas esta onomatopeya del espíritu *i* ha sido en el bascuence, según hemos dicho repetidas veces, la nota ó el signo del principio vivificador, por cuya virtualidad son y existen todas las cosas, y así como este principio tiene su nombre *Dios*, y no puede ser, sin embargo, comprendido, distinguido ni conocido, así también las cosas por él designadas tendrán nombre, pero no podrán ser comprendidas ni distinguidas. De aquí se deduce la aptitud por un lado de dicha onomatopeya para dar nombre al sujeto, y su deficiencia, por otro, para darnos á conocer el sujeto mismo, ó sea la cosa vivificada por aquel

principio, y su deficiencia tambien para darnos á conocer la personalidad humana que se compone además de un principio espiritual de un cuerpo unido con aquél, vivificado y regido tambien por él. Por esta razon el bascuence unió dicha voz con la onomatopeya *a*, que siendo, segun hemos dicho, la nota de la extension y de la situacion que dentro de ella tienen los seres creados, hace referencia á la naturaleza sensible y corpórea del sujeto, perceptible por nuestros sentidos y cuyas formas, extension é impenetrabilidad, accidentes que determinan su situacion, permiten distinguir entre sí unos de otros los seres gerárquicos de la naturaleza.

Unidas, pues, ambas voces dieron origen á la doble onomatopeya *ia*, que designa la persona de quien se habla, y cuya idea se quiere comunicar; señalando y fijando la situacion que ocupa en el orden creado de la naturaleza. Entónces nació el pronombre de la tercera persona, que desempeña las funciones citadas y quedaron separadas de ella las dos primeras, aunque confundidas hasta ahora bajo la comun denominacion de *i*. No tardará la lengua en separarlas con la misma sabiduría que mostró en aquella primera clasificacion, mas ántes de ocuparnos de esta segunda separacion, nos conviene llamar la atencion de los lectores sobre la composicion *i, ia* de nuestros pronombres, idéntica á la que tienen nuestros artículos (*gizon-i, gizon-ia*) en aquella declinacion primitiva que hemos sacado á luz por primera vez, á fin de exponer á la vista del lector las razones que han motivado aquella identidad primitiva de la cual conservan las lenguas modernas vestigios evidentes en aquellas voces *el, ella, los, las*, del castellano, *il, elle, le, les*, del francés etc. etc., artículos y pronombres en sus respectivas lenguas. Mas como esta exposicion habia de prolongar demasiado el artículo, dejaremos para otro dia la continuacion de nuestro trabajo analítico, y dándole á V. las más expresivas gracias por la insercion del presente, se repite de V. su afmo. amigo y S. S.

Q. B. S. M.,

JOSÉ DE GUIASOLA.

Nota 1.^a El monosilabo *iz*, cambia su consonante *z* en la doble *tz*, cuando va seguido de la vocal *a*, así decimos *itz-a* (la palabra), *itz-a-ia*, eufonizado *etz-a-ia* (el espíritu), *itz-a-la* (ser ó ente poderoso): en cambio conserva la *z* cuando va seguida de otra letra; así decimos *izkaria* (lenguaje), *izena* (nombre) etc.

2.^a Esta *z* en efecto hace referencia á la abundancia en la cualidad expresada por la voz á que se junta: así decimos *miñe-z* (con dolor), y la consonante *z* hace referencia á la abundancia y acumulacion de dolor, y significa lleno de dolor: *illeta-z* (con quejidos) hace referencia á la abundancia de quejas ó ayes, y significa lleno de queja.

3.^a Este monosilabo *iz*, fué en efecto el infinitivo primitivo de nuestro verbo sustantivo, y lo que decimos nosotros está acorde con las ideas recibidas en este punto, y segun las cuales convienen todos en que el hombre comenzó á hablar con el infinitivo: así cuando dijo *ni-iz* ó *niz* (yo soy) como dicen los bascos, ó *naiɿ*, como decimos nosotros, eufonizando la voz, decia *yo ser*, del mismo modo, cuando dijo *i aiz* (tu eres) decia *tu ser*, hablando siempre en tercera persona, ó en infinitivo: solo más tarde llegaron á fundirse estas palabras para adquirir el sentido y la distincion que tienen, mas para ello tuvo que perecer aquel monosilabo.

4.^a Estas ligeras variaciones en las voces de igual estructura, son frecuentes en las lenguas, cuando la misma voz tiene que expresar conceptos diferentes: así por ejemplo, de la palabra *ili* euskara que significa pelo, pero tambien hilo, como lo demuestran sus compuestos *ar-ili-a*, pronunciando *arilla*, significa el hilo extendido, delgado: *il-bana* (hilo ó costura separada) de *bana*, separado ó uno á uno; pues bien, de esta palabra euskara ha derivado el latin su *p-il-us, i* (el pelo), *fil-um, i* (el hilo) y el castellano ha imitado al latin; tal es la razon de la diferencia de *izan*, (ser) y *esan* (decir).